

perdió mucho de la fisonomía connatural á este grande hombre, retratado y esculpido por este artista, y olvidado por las ingratas generaciones subsiguientes, las cuales querían tratar la revolución, ya pasada, como si fuera presente ó reinante, y discutían sobre sus mártires y héroes como si aun estuvieran vivos. Las anchísimas espaldas y la inmensa caja del pecho, muestran el organismo de un orador verdadero. Y al genio, que inspira con sus luces, y al organismo, que presta fuerzas para un ejercicio, tan rudo como el ejercicio de las palabras, juntó Vergniaud el estudio. Sirve mucho la gramática en el discurso, porque ninguna obra necesita de claridad como las obras del verbo, y ninguna claridad cabe allí donde falta una clara y correcta sintaxis. Vergniaud fué verdadero gramático, y, como natural de Limoges, en el centro de Francia, más clásico, mucho más que Mirabeau, quien olió siempre á Marsella, y nunca pasó por Academia de la Lengua entre los literatos franceses. Y, si la gramática sirve mucho para la elocuencia, sirve muy poco la retórica; pues mientras aquélla le presta una virtud, tan indispensable como la claridad, ésta le pone un artificio, por contrahecho, repulsivo. Pero Vergniaud no fué tan esclavo de la retórica en su oratoria propia como en la suya lo fuera el artificioso Robespierre. Una gran sensibilidad nativa le acaloró la imaginación; y este acaloramiento le preservó de las imitaciones ridículas y serviles. Puede imitarse todo, pero no el calor de la pasión, que sólo trascienden á los labios cuando late y palpita en el pecho. Así aquel hombre de tanta flema, estudiando sus discursos con sumo cuidado y apercibiéndolos con muchísimo tiempo, inerte para el pensar, indiferentísimo para el querer, llegaba en el decir á las mayores y más exaltadas vehemencias. Verdadero genio, no sintió envidia por sus iguales, prestándoles el religioso culto de su admiración verdadera. Modelo su forma, en cuanto lo permitía la espontaneidad completa del decir suyo, calcaba sus discursos con estudio sobre los grandes modelos; proclamando en su experiencia larguísima y en el examen prolijo de sí propio que había siempre un poeta, compañero inseparable del orador en todo genio elocuente. Y como exigía en el alma de los oradores la presencia de un poeta, exigía también que los oradores tuvieran ideas generales, inteligencia sintética, facultad mágica de invocar los siglos pasados y traer á la tribuna los grandes muertos históricos. Era lo menos hombre de partido posible, y no, no era nada jefe de partido. Siguió á los suyos; pensó lo que pensaban ellos: y sintió á su vez lo que sintieran ellos; habló á todas horas por su causa, y sostuvo hasta el fin sus ideales, pero sin aceptar mando ninguno, ni obedecer á ninguna consigna. No le gustaba pensar para hacer algo tras haber pensado; le gustaba decir su pensamiento. Las obras capitales suyas se hallan en sus capitales discursos. Era bueno de veras. Un día supo morir como Jesús; nunca supo matar, como Robespierre. De la religión pensaba un poco lo que la moderna escuela positivista, elidiéndola por completo. No alardeaba de moral. No tenía la virtud en los labios siempre como el oráculo de los jacobinos. Para él debían dirigir el mundo los más pensadores, no los

más virtuosos. Ni se ponía entre los óptimos, cual Robespierre, ni la echaba de pecador y vicioso, cual Dantón. Era muy republicano, muy liberal, poco demócrata. Como su antiguo protector, Turgot, lo quería todo para el pueblo, no quería nada por el pueblo. Detestó los dos despotismos: el de arriba y el de abajo. Pasó la mitad primera de su vida combatiendo al uno, y al otro la segunda mitad. Y los combatió más con palabras que con actos. Encantó las almas como nadie, y hechizó como nadie los oídos; pero no tuvo sobre los ánimos y las almas de sus contemporáneos el imperio que Mirabeau, que Robespierre, que Dantón. Habiendo detestado la intriga, consumió su existencia trabajando con aquellos más sospechados de intrigantes por el pueblo y más juzgados de intrigantes por la Historia. Queriendo la belleza con delirio, fué valeroso, por creer bello el valor. Impulsó á la guerra, más por traer una epopeya que por traer un bien. Así la cantó como un ledo épico. Y se justificó ante la posteridad por haber impulsado la revolución, diciendo que renovaba el sentimiento estético y el arte humano.

Nueva crisis abrió la despedida inconsiderada de los girondinos, por haberse una vez más patentizado la incompatibilidad absoluta entre la Constitución y la corte. Luis XVI era constitucional y parlamentario; mas empleaba todas las facultades constitucionales, á él concedidas por la vigente legislación, y todas las participaciones de su poder real con el poder parlamentario, contra la Constitución y contra el Parlamento. Nosotros, en esta larga práctica del régimen moderno, que ya tenemos, distinguimos de un modo claro las diferencias entre los órganos directores de la pública gobernación, naturales elementos del Estado, mientras, por aquella época, todo en lo político aparecía, indistinto, confuso, indefinible, como los protoplasmas y como los gérmenes. Nuestras constituciones dan al Rey un veto absoluto, rara vez ejercido por éste. La Constitución aquella daba un veto suspensivo al Rey, veto, cuyo ejercicio promovía innumerables debates y suscitaba indecibles dificultades. Nuestras Constituciones contemporáneas prohíben todas deliberar delante del Rey. Pues Luis XVI se iba, cuando le parecía bien, al Parlamento; y llevaba y traía mensajes en daño del nuevo régimen y confundiendo todos los poderes. Nadie sabía, por claro que pudiera estar el Código, dónde comenzaban y dónde concluían sus respectivas facultades. A lo mejor, el Parlamento pugnaba por mantener una parte del poder ejecutivo y el Rey se quedaba en sus trece, como decimos familiarmente, muy sabidas, porque reclamaban una parte del poder legislativo y otra parte del poder judicial con todo el poder ejecutivo. Y así habían resuelto las entidades políticas aquellas, con especialidad la Monarquía, ejercer cuantos poderes el Código fundamental les daba, sin género alguno [de circunspección meditada y sin mirar alrededor suyo para ver cuantos intereses herían sus resoluciones y cuántas tempestades horribles desencadenaban. En todas partes un proceder así generaría cien catástrofes, más ó menos lentas; entonces las precipitaba de un modo espantoso. A tal temperatura, el bronce, con que los poderes antiguos estaban forja-



dos, fundíase como una blanda cera. Y estando las instituciones fundamentales recién nacidas, la nación, que las pariera, de sobrepardo, con todos los peligros encerrados en tal situación, cualquier fenómeno tomaba carácter de una enfermedad última y mortal. Pongamos un instructivo ejemplo para convencernos de cuál continua oscilación había entre los principios antiguos y los principios modernos en aquellas perturbaciones de todos los péndulos y en aquellas rotaciones de todas las brújulas, cuando nadie tomaba en cuenta el tiempo y su natural influjo y nadie media el espacio, creyendo los innovadores poder destruir hasta la Historia y los resistentes apagar el sol de las nuevas ideas en los espíritus como si fuera este sol una bujía de su casa. Y digamos el ejemplo. Ahora las dos Cámaras existen á una en todos los pueblos regidos por el gobierno parlamentario, ya sean monárquicos, ya sean republicanos. Entonces la indicación de una segunda Cámara no más promovía motines y tumultos en las calles, duelos y aun asesinatos entre los revolucionarios. Creíase que un Senado mantenía la división de clases y representaba el readvenimiento de la feudalidad. Con tales modos de pensar y sentir, la despedida de los girondinos equivalió á una repetición del llamamiento de las tropas que condujo al asalto de la Bastilla y sus consecuencias; á una repetición del banquete de los guardias que trajo la forzosa traslación del Monarca y los suyos á París donde sufrieron dura cautividad; á una repetición del escape á Varennes que promovió en el Campo de Marte las primeras manifestaciones republicanas; y como cada uno de tales hechos impelió á su perdición la monarquía, el último la puso dos dedos del abismo. La muy hábil y política llamada de los girondinos al gobierno, dividía los revolucionarios; su despedida los juntaba. Mientras Roland fué ministro, Robespierre, Dantón y Marat conspiraban desde sus respectivas fortalezas contra el ministerio, pues no podían en paciencia conllevar la patente supremacía de su fracción girondina sobre las demás fracciones revolucionarias y el cúmulo de ventajas consiguientes al mangoneo continuo en la pública gobernación del Estado. Pero, así que los girondinos cayeron, la conjunción de todos los factores y elementos revolucionarios contra el monarca se imponía por una fuerza incontrastable de lógica y dialéctica sociales. Los alquimistas creían en sus nociones confusas de ciencia y en sus fantaseos apocalípticos de imaginación, que se necesitaban para producir cristalizaciones en las retortas ciertas palabras mágicas; los sabios saben que se necesitan ó reactivos, ó corrientes eléctricas, ó grados de temperatura, según pida la realidad inobediente á todo conjuro que no provenga del vigoroso ejercicio y del inevitable cumplimiento de las leyes naturales. Maratistas, jacobinos, franciscanos jamás se hubieran coligado, si la temperatura social no llegara donde llegó, efecto de los errores capitales del Monarca y de las conclusiones lógicas encerradas en tales errores. Y con todo esto, relativo al régimen interior, juntábase la terrible traición perpetrada en la política exterior con una connivencia horrorosa entre la causa del Monarca y la causa del extranjero, quien rompía por la fronteras en guerra, incendiaba, hería, mataba, diciendo, por toda

explicación, perpetrar estos crímenes, asolaciones, exterminios, por extraer, ó redimir, al Monarca de su cautiverio, es decir, de la Constitución, y devolverle su poder absoluto.

El mes de Junio, año noventa y dos de la pasada centuria, fué un mes terrible por sus agitaciones sin medida ni cuenta. Parecerá una puerilidad á muchos el creer estación á las revoluciones más propicia el verano que la estación invernal. Y lo cierto es que casi todas nuestras revoluciones aparecen estivales. Toma de la Bastilla, en Julio; choque de la democracia con la Monarquía; en Agosto, asalto primero de la muchedumbre al regio palacio de sus Reyes, en Junio; definitiva deposición de los Borbones franceses, en Julio, nuestras dos revoluciones contemporáneas de España, una en Julio y otra en Septiembre, justifican esta cavilosidad mía cuánto pueden tales quisicosas justificarse. Debemos exceptuar la revolución del cuarenta y ocho, que trajo la segunda República y que advino en Febrero. Pero todos los movimientos encaminados á extremarla y hacia la utopía impelerla, fueron estivales. En Mayo violaron los socialistas la Cámara y en Junio emprendieron la colosal batalla, en defensa y favor del derecho al trabajo. No se prestará el invierno á las reacciones, y decir que se presta pasaría por una broma. Pero el primer imperio nació en Brumario, el segundo en Diciembre, y por Enero fué la vuelta de los Borbones á España. Atribuyen muchos el desarrollo de la República en Grecia y entre los griegos á la necesidad sentida por aquellos mimados hijos del cielo azul y la mar mediterránea de una comunicación entre sí mismos constantes al aire libre. Las personas reunidas en los grandes centros de población se comunican, sobre todo, las personas de clase popular más en verano que invierno. Las comadres se sientan á las puertas de sus comercios tomando el fresco y departiendo con las vecinas, en cuanto sonríe la primavera. Los caballeros cabalgan más á su guisa en los jardines públicos al resplandor del sol, que bajo los sudarios de la niebla. ¡Cuál diferencia entre las damas de una carretela cerrada y las damas de una carretela abierta! Cuando cae la lluvia ó la escarcha no se pasea como á la sonrisa de una riante primavera, entre los incensarios de las corolas abiertas y los coros de las aves enceladas. El mes de Junio prestábase á la comunicación entre los parisienses al aire libre y la comunicación entre los parisienses al aire libre prestábase mucho á las lamentaciones por la despedida de los patriotas del poder y por el llamamiento al poder de los reaccionarios. Una revolución, diga cuanto se quiera en contra, siquier aparezca por su transcendencia y su magnitud como un elemento cósmico, se determina y se produce por conjuraciones varias, obra de los tribunos y de los partidos. La causa primera de una revolución se halla en el estado psíquico de los pueblos, hechura tal estado de las ciencias y de las letras y de las religiones; pero la causa ocasional está más abajo, está en una conjuración hábil y afortunada. Veíanlo con claridad así los muñidores de tumultos ó motines tras la caída del ministerio girondino y aprovechaban tal ocasión para suscitar manifestaciones y en estas manifestaciones obtener alguna ventaja personal en su favor ó alguna ventaja pública en